

si Fulvia le atravesó la lengua con una aguja, fué porque aquella lengua la había insultado, fué porque aquella mano había escrito las Filípicas.

Veamos ahora de qué modo podía vengarse Clodio de Ciceron.

## XXVII.

Habia una cosa de que Ciceron se jactaba, y la cual los romanos le reprochaban continuamente; era haber hecho condenar á muerte, cuando la conspiracion de Catilina, á varios ciudadanos, particularmente á Léntulo y Cetego, á pesar de la ley que impedía condenar á ningun ciudadano mas que á destierro.

Era preciso acusar á Ciceron, pero siendo este senador no podía ser acusado sino por un tribuno del pueblo, y no se podía ser tribuno del pueblo sino perteneciendo al pueblo mismo. Ahora bien; Clodio era no solo noble sino hasta patricio.

Se buscó un medio que obviara aquella dificultad.

Ya hemos hablado de la ligereza de lengua de Ciceron.

Un dia se le ocurrió tomar la defensa de Antonio,

su antiguo colega, contra Pompeyo y César, y atacó á estos como él sabia hacerlo, esto es, cruelmente.

Tres horas despues de aquel suceso César y Pompeyo hicieron publicar el plebiscito que autorizaba la adopcion de Clodio por Fonteio, oscuro plebeyo.

A partir de aquel momento, no cabia ya duda, Clodio seria nombrado tribuno del pueblo.

Seis meses antes escribia Ciceron á Atico:

“Me ha visitado Cornelio,—ya sabeis, Cornelio Balbo,—*el hombre de confianza*.—Me ha asegurado que César se aconsejará de mí en todo y por todo. La consecuencia de eso es la siguiente: union estrecha con Pompeyo, y en caso de necesidad con César; no hay un solo enemigo que no venga á reconciliarse conmigo; vejez tranquila.”

¡Pobre Ciceron!

De repente sabe que Clodio solicita el tribunado, y que César ha contribuido á su adopcion por Fonteio.

Hé aquí lo que acerca de esa gran noticia escribe á Atico en su carta fechada en las *Tres Tabernas* en Abril de 695.

“Ved qué encuentro he tenido. Era el dia de la fiesta de Céres: me retiraba tranquilamente de Antium por la vía Appia y habia llegado á las Tres Tabernas, cuando tropiezo con mi querido Curion.

—No sabeis nada? me preguntó.

—No, le contesté.

—Clodio solicita el tribunado.

—Qué decís?

—Es enemigo acérrimo de César, y dicen que quiere hacer anular todos sus actos.....”

Hacia un año que César no era ya cónsul.

—“Y qué dice César?

—Pretende no haber tenido nada que ver en la adopcion de Clodio.”

Despues Ciceron pasa á otro asunto.

Pero en Julio la cosa ha cambiado ya; su carta está fechada en Roma.

Se dirige al mismo Atico.

“Entretanto, este querido Clodio no cesa de amenazarme, declarándose abiertamente mi enemigo. Tengo la tempestad sobre mi cabeza; al primer trueno que oigais, venid.”

Sin embargo, el gran orador no puede creer que haya peligro.

Pompeyo le da su palabra de honor de que Clodio no emprenderá nada contra él.

César, que se ha hecho nombrar gobernador de las Gálias por cinco años, le ofrece una tenencia en su ejército.

“César sigue instándome para que vaya de teniente con él, dice Ciceron; seria una salvaguardia mas

honrosa; pero no he aceptado.—¿Qué es lo que queréis? ¿Intentar la lucha? Sí: eso mas bien.”

En efecto, tratará de luchar.

Pero en Agosto las cosas han adquirido toda su gravedad; el peligro empieza á mostrarse realmente.

“Mientras tanto, mi querido Atico, el hermano de nuestra diosa de ojos de buey, no anda parco en sus amenazas contra mí. Niega sus proyectos á Sampiceramus (era uno de los apodos que tenia puestos á Pompeyo), pero se vanagloria y jacta de ellos delante de todo el mundo. Me quereis sinceramente, no es verdad? Pues bien; si estais acostado echados fuera de la cama; si estais levantado poneos en marcha; si estais ya andando redoblad el paso; si correis poneos alas en los piés. Es preciso que esteis en Roma para los comicios, ó si eso es imposible, lo mas tarde para cuando se proclame la votacion.”

Ocho meses despues todo ha terminado, y Ciceron escribe al mismo Atico:

“Año de Roma 696, Vibona, país de Brutium, 3 de Abril.

“Plegue al Cielo, querido Atico, que pueda agradeceros algun dia el haberme obligado á vivir! Lo que es hasta hoy, solo he tenido motivo para arrepentirme de haberos dado oidos. Os conjuro que vengais corriendo á verme en Vibona, á donde me ha conducido un cambio de direccion indispensable.

Venid! concertemos juntos mi itinerario y mi retiro. Si no venís, me sorprenderé mucho; pero estoy seguro que vendreis.”

¿Qué habia ocurrido? Vamos á decirlo.

Clodio habia sido nombrado tribuno hácia el fin del año 695 de Roma.—Pison y Gabinio eran cónsules. Empezó por aliárselos haciendo dar á Pison la Macedonia y á Gabinio la Siria.

Las únicas personas que podian ya entonces proteger á Ciceron, eran Craso, Pompeyo y César.

Por lo que hace á Craso, Clodio no tenia nada que temer; el vencedor de los samnitas odiaba á Ciceron, que se burlaba de él á cada paso, llamándolo *el Calvo* ó *el Millonario*, *Cabrus* ó *Dives*. Pompeyo, enamorado cincuenta, estaba entregado enteramente á los encantos de su jóven esposa Julia, y como ya hemos dicho, se contentaba con responder á Ciceron, cuando este le manifestaba sus temores: “Descuidad, yo respondo de todo.” Por lo que hace á César, aunque desde el negocio de Catilina no mediase una amistad muy viva entre él y el gran orador, apreciaba demasiado su talento para negarle su proteccion; además al protegerlo pagaba una deuda.

Como hemos visto, César habia ofrecido una tenencia en su ejército á Ciceron, y este habia estado á punto de aceptarla.

Viendo Clodio que se iba á escapar su enemigo, corrió á ver á Pompeyo.

—¿Por qué desea Ciceron salir de Roma? le preguntó. ¿Acaso cree que yo le quiero mal? Pues no hay nada de eso! A su mujer, Terencia, vaya! pero respecto á él, ¡por los dioses! no siento odio ni cólera.

Pompeyo repitió aquellas palabras á Ciceron y añadió su garantía personal.

Ciceron se creyó á salvo y dió gracias á César por su tenencia.

El futuro dictador se encogió de hombros.

En efecto, una mañana Clodio acusó á Ciceron.

El gran orador habia hecho condenar á muerte á Léntulo y Cetego sin juzgarlos.

Acusado por Clodio, no osó recurrir á César, que le habia avisado con tiempo, y corrió á casa de Pompeyo, que siempre le habia dicho que no tenia nada que temer.

Pompeyo pasaba dulcemente la luna de miel en su quinta del Monte Albano.

Cuando le anunciaron á Ciceron, conoció que su entrevista debia ser embarazosa y se fué por una puerta falsa. A Ciceron le enseñaron toda la casa para probarle que Pompeyo no se hallaba en ella.

Comprendió que estaba perdido. Volvió á Roma, se puso su traje de luto, se dejó crecer el pelo y la barba y recorrió la ciudad suplicando al pueblo.

Por su parte, Clodio, rodeado de sus partidarios, salia todos los dias al encuentro de Ciceron y se burlaba de su cambio de traje; los amigos del tribuno solian mezclar lodo y piedras á sus amenazas.

Sin embargo, los caballeros permanecian fieles á su antiguo gefe; la órden entera se habia vestido de luto al par de él; mas de quince mil jóvenes lo seguian, con los cabellos en desórden, rogando al pueblo.

El Senado hizo mas; decretó luto público, y mandó que todos los ciudadanos romanos llevasen túnica negra.

Pero Clodio rodeó el Senado con sus hombres.

Los Senadores entonces se lanzaron al vestíbulo, desgarrando sus togas y dando gritos; pero ni sus gritos ni sus togas desgarradas conmovieron al pueblo.

Era, pues, preciso sostener una lucha, dar un verdadero combate.

—Quédate, le dijo Lúculo, y respondo del triunfo.

—Párte, le dijo Caton, y el pueblo, harto del furor y de las violencias de Clodio, te echará de menos en breve.

Ciceron prefirió el consejo de Caton al de Lúculo. Tenia valor civil, pero le faltaba completamente valor personal.

En medio de un tumulto espantoso, cogió una estatua de Minerva que guardaba en su casa con par-

ticular veneracion, y la llevó al Capitolio, donde la consagró con la inscripcion siguiente:

A MINERVA, CONSERVADORA DE ROMA.

Despues, sirviéndole sus amigos de escolta, salió de la ciudad á eso de media noche y atravesó á pié la Lucania.

Puede seguirse su itinerario por sus cartas: el 3 de Abril escribe á Atico desde el país de Brutium; el 8 al mismo desde las costas de la Lucania; hácia el 12 al mismo dirigiéndose á Bríndis; el 18 al mismo desde el país de Tarento; el 30 á su mujer, á su jijo y á su hija desde Bríndis; y en fin, el 29 de Mayo á Atico desde Tesalónica.

Apenas se supo su fuga, obtuvo Clodio un decreto de destierro contra él, publicandó al mismo tiempo un edicto que prohibia á todo ciudadano darle agua y fuego ó recibirlo bajo su techo á quinientas millas de la frontera de Italia.

Apenas habian trascurrido doce años desde que habia exclamado orgullosamente:—*Las armas ceden ante la toga, y los laureles de los combates ante los trofeos de la palabra.*

Sin embargo, vencedor de Catilina, no maldigas á los dioses por tu destierro; no será esa tu mayor desgracia; tu peor enemigo no será Clodio.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# LOS GRANDES HOMBRES

EN BATA

POR

ALEJANDRO DUMAS

**CESAR**

TOMO II

Edicion del Monitor.



**MEXICO**

Imprenta de V. G. Torres, á cargo de M. Escudero  
CALLE DE SAN JUAN DE LETRAN NUM. 3

1870